

†
JHS

BOLETIN OFICIAL

DEL

OBISPADO DE MENORCA

EPOCA IV

5 MAYO 1942

NÚMERO 8

CARTA DE SU SANTIDAD PIO, POR LA DIVINA PROVIDENCIA PAPA XII, AL EMMO. SR. CARDENAL LUIS MAGLIONE, SECRETARIO DE ESTADO, EN QUE SE PRESCRIBEN NUEVAMENTE ORACIONES PUBLICAS PARA OBTENER LA PAZ

A NUESTRO AMADO HIJO CARDENAL LUIS MAGLIONE,
NUESTRO SECRETARIO DE ESTADO

PIO PP. XII

AMADO HIJO NUESTRO, SALUD Y BENDICION APOSTOLICA: Mientras el mundo, confiado únicamente en la fuerza de las armas y de toda clase de medios de guerra inventados en nuestra época, prosigue su camino enrojecido de sangre humana, Nós, que lamentamos tanta carnicería de hombres y alentamos un sentimiento paternal hacia todos los pueblos, no podemos menos—sin dejar de arbitrar y recomendar todos los modos que nos parecen más aptos para crear la verdadera paz y concordia fraterna y restaurar un orden de cosas nuevo y fundado en un orden recto y unos principios cristianos—de confiar principalmente en Dios y levantar a él nuestras manos suplicantes y de exhortar a cuantos hijos en Cristo tenemos esparcidos por la tierra, a que más y más aumenten sus piadosas oraciones.

Por eso, como en años anteriores, queremos también en éste, al acercarse el mes de Mayo, valernos de tí, que tan de cerca nos asistes en el gobierno de la Iglesia universal, para

invitar a todos a un sagrado certamen de súplicas y nominalmente a aquellos que, en la flor de su edad y de su inocencia, nos son más queridos que nadie, como lo fueron al divino Redentor.

Y puesto que todo podemos esperarlo de María, deseamos que a Ella acudan todos, especialmente en el próximo mes, que de modo peculiar se le dedica. Corran, sobre todo, suplicantes a su altar, de la mano de sus padres, los niños y niñas, cuyas oraciones cándidas y confiadas no pueden menos de ser gratas a la benignísima Madre de Dios y Madre nuestra.

Porque, como todos conocen, así como Cristo Jesús es el Rey universal y el Señor de los que dominan, ⁽¹⁾ en cuyas manos está puesta la suerte de cada ciudadano y de cada pueblo, también su Madre María obtuvo de Dios tanta potencia suplicante como para ser y poder llamarse por todos los fieles cristianos «Reina del mundo». Y si el primer milagro hecho por el divino Redentor, en Caná de Galilea, ⁽²⁾ se debe a su misericordia suplicante; si su Hijo unigénito, pendiente de la cruz para morir, nos dejó lo más querido que en la tierra le quedaba, dándonos a su Madre por Madre nuestra; si, en fin, a lo largo de los siglos, en todo peligro público o privado, nuestros antepasados acudieron a Ella con sus oraciones y su confianza, ¿por qué, nos preguntamos, no vamos a confiar a su poderosísima tutela nuestras personas y nuestras cosas todas en esta crisis pavorosa que tan largamente nos ahoga?

Del mismo modo que todas las cosas obedecen y se sujetan al arbitrio eterno de Dios, puede en cierta manera asegurarse que la benignidad de su Hijo unigénito responde siempre accediendo a las preces de la deipara Virgen; ahora, sobre todo, que la misma Virgen bienaventurada goza de la eterna felicidad de los cielos y, redimida con una corona triunfal, es saludada por Reina de los ángeles y de los hombres.

Pero si tanto poder goza ante Dios, no abriga hacia noso-

(1) Cfr. I Tim., VI, 15; Apoc., XVII, 14; XI, 16.

(2) Joan., II, 1-11.

tros menor compasión, pues es Madre amantísima de todos. Acudan, pues, a Ella todos con viva fe y ardiente amor y no se contenten con llevarle sus oraciones suplicantes, sino ofrezcan también piadosas obras de penitencia y de caridad con las que pueda aplacarse la divina justicia, violada por tantas y tan grandes culpas. Porque la oración hace—y usamos palabras de nuestro sapientísimo antecesor León XIII—«que el ánimo se sustente, se prepare a grandes empresas, se levante a cosas divinas; la penitencia consigue que nos dominemos a nosotros mismos, especialmente al cuerpo, que, en virtud de la antigua culpa, es peligroso enemigo de la razón y de la ley evangélica. Las cuales dos virtudes, como es claro, ensamblan perfectamente, se ayudan mutuamente, conspiran al mismo fin, que es abstraer al hombre, nacido para el Cielo, de las cosas caducas y llevarlo a la celeste familiaridad con Dios». (1) Y si estas virtudes son en todo tiempo necesarias a los fieles cristianos, las exige, sin duda, especialmente la presente condición tristísima de las cosas, pues con ellas podemos más fácilmente, con el auxilio de la beatísima Virgen María, obtener del «Padre de las misericordias» (2) y dador de los dones celestes, aquella paz verdadera que tanto deseamos y suspiramos, sólida, durable, inspirada y alimentada por la justicia y la caridad.

Suplicando, pues, con espíritu de penitencia y ánimo contrito, insistan todos en pedir del divino Redentor y de su santísima Madre—y háganlo, sobre todo, los inocentes niños y niñas—que, mientras el mar y el Cielo se agitan cada día más con el terror de la violenta tempestad, brille una luz superior y venga un auxilio del Cielo para Nós, que navegamos con la mano en el timón de esta nave mística; que haya para los míseros y hambrientos el necesario sustento del cuerpo y del alma; que se restituyan los desterrados a la patria, recuperen los heridos y enfermos la salud, se devuelva a los cautivos la libertad; que, en fin, vuelva ya alguna vez en la vida privada de cada cual y

(1) Epíst. Enc. «Octobri mense», A. L. XI, p. 312.

(2) Cfr. II Cor., I, 3.

en la sociedad civil, para todo el género humano, después de sujetar las pasiones a la razón y restituir el orden de la justicia y la caridad hacia Dios y hacia los prójimos, la paz cristiana, que es la verdadera paz.

Nos plugo reiterar estas exhortaciones paternas por medio de la presente Carta y confiártelas a tí, querido hijo nuestro, para que las comuniques a todos del modo que pudieres y, en primer lugar, a los sagrados Obispos del orbe católico, de los que sabemos por experiencia que responden siempre a nuestros mandatos y a nuestros menores deseos con animosa y rendida voluntad.

Y, entretanto, como prenda de las gracias divinas y testimonio de nuestra peculiar benevolencia, a tí, querido hijo nuestro, a cuantos con ánimo gustoso secunden las exhortaciones de esta Carta y nominalmente a las cohortes de niños amadísimos por Nós, concedemos con todo cariño en el Señor la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 15 de Abril de 1942, año cuarto de nuestro Pontificado.

PIO PAPA XII.

CIRCULAR

EN OCASIÓN DE LA PRECEDENTE CARTA PONTIFICAL

A medida que la guerra universal va prolongándose, Su Santidad el Papa Pio XII, el Pontífice de la paz y de la oración, viene levantando su voz y pide una y otra vez a los fieles de todo el orbe que multipliquen sus plegarias fervorosas y penitentes.

La Carta que encabeza este Boletín es un nuevo llamamiento, y contiene una especial invitación a celebrar el Mes de María en súplica de que Ella, la «Reina del mundo», la Mediadora de las gracias del Señor, nos acelere el beneficio de la suspirada paz.

Adviértase que el Papa insiste en pedir la oración de los inocentes niños, tiernamente amados por él, a ejemplo de Jesús, y que, al cerrar la Carta, tiene para ellos una expresa bendición. Procúrese, por tanto, que la conozcan los niños y las familias.

Y para que todos se asocien a la común oración según la mente del Pontífice, se leerá esta su Carta en las iglesias, en los oratorios donde se celebre el Mes de María, y en los Círculos de Acción Católica; a cuya Juventud Femenina, lo mismo que a las reverendas religiosas y a las señoras maestras, encargamos procuren coadyuvar al Rdo. Clero de las parroquias, señaladamente por lo que toca a los niños, en mejor cumplimiento de los deseos del amantísimo Pontífice.

Ciudadela, 4 de Mayo de 1942.

† EL OBISPO DE MENORCA.

CRONICA ESPECIAL

DE LA BENDICION PONTIFICAL SOBRE TODOS LOS CAMPOS DE MENORCA
DESDE EL MONTETORO

El domingo 3 de Mayo, fiesta de la Invención de la Santa Cruz, hubo en cada parroquia la ceremonia ritual de la bendición del término; pero, además tuvo lugar, desde la cima de Montetoro, la bendición de los campos de toda Menorca, verificada solemnemente por el Prelado, conforme a su Alocución Pastoral de 23 de Abril, en la que se establece esta solemnidad para los años sucesivos.

El tiempo amaneció nublado y con lluvias en las primeras horas. Eso y las dificultades de trasportes no desanimaron a nuestros payeses, que de todas las regiones de la Isla acudieron al llamamiento del Prelado.

Aunque la Alocución se refería a la gente campesina, con todo las dignísimas autoridades mayores de la Isla, el Excmo.

Sr. General D. José María Tabernilla del Campo, Comandante Militar de Menorca, y el Excmo. Sr. Delegado del Gobierno Civil, D. Luis Victory, y otras autoridades y no pocos señores propietarios quisieron tomar parte en la peregrinación.

El punto de concentración fué Mercadal donde encontraron generoso y ordenado acomodo los numerosos vehículos y caballerías a medida que iban llegando.

A las nueve y media, hora prefijada, venturosamente se había despejado el tiempo, y desde la iglesia de Mercadal, a pie y rezándose el Santo Rosario, se emprendió la subida al monte. Presidía el Rdmto. Prelado, llevando a sus lados a los Excmos. Sres. General y Delegado del Gobierno, inmediatos iban otros señores Jefes militares y civiles, varios M. Iltres. Señores Canónigos y Rdos. Curas de Mercadal y otros sacerdotes. La peregrinación numerosa iba ascendiendo por el áspero camino, que serpentea hasta la cumbre coronada con el vetusto Santuario de la Virgen. A mitad del camino vino a sumarse un nutrido grupo de Alayor, por la vía que allí desemboca. No faltaban aquellos ejemplos de singular mortificación, que son una nota frecuente en las peregrinaciones a Monte-Toro: hombres y mujeres venidas a pié del extremo de la isla; otras subiendo a pie descalzo... Al llegar al Santuario eran las once. El Prelado dió la sagrada Comunión a varios peregrinos, entre ellos al Excmo. Sr. Comandante General. Siguió la Santa Misa que celebró el M. Iltre. Sr. D. Juan Florit, durante la cual se cantó por el pueblo el «Cantemos al Amor de los Amores» el Credo, y por el grupo coral de Alayor el cántico de los hermanos unidos (Salmo 132) «Ecce quam bonum». «Mirau ques de bó y ques de dols quels germans visquen tots units», oportuno en esa peregrinación de las hermandades de payeses de todas las villas. Estrenóse también el coro popular de la antigua oración payesa menorquina por el Papa: «Dulcissim Cor de Jesús, Vos qui l'Esglesia amau tant, ayudau al Pare Sant», novísima composición musical para las solemnidades de este año conmemorativas del Sumo Pontífice.

Después de la Santa Misa, revestido el Prelado de orna-

mentos pontificales y llevando éste bajo palio la Veracruz, asistido de los M. Iltres. Sres. Jaume como Presbítero, Florit Diácono, y Rdo. Ecónomo de Alayor Subdiácono, salió del templo la procesión, precedida de los Ermitaños y seguida de las autoridades y del pueblo, encaminándose a los cuatro miradores de la cima del monte, haciéndose desde ellos las cuatro bendiciones, a oriente, a occidente, al septentrión y al mediodía, sobre los campos y los pueblos de toda Menorca, que semejan postrados a los pies de aquella altura. Regresada al templo la procesión, el Prelado dirigió la palabra a los peregrinos explicándoles el sentido de la ceremonia litúrgica: les hizo notar que la bendición de los campos, cubiertos de vegetación, se verifica en la fiesta de la Cruz y con la Veracruz, parte de aquel árbol, el más noble que jamás brotó de la tierra, y que tiene su virtud de haber pendido de él, consumando el sacrificio, Cristo nuestro señor, que así nos llevó el fruto espiritual más rico que pensarse puede; les exhortó a la devoción práctica a la Santa Cruz, y les invitó a que prosiguiesen la tarea de levantar otra vez las antiguas cruces de los términos y caminos, derribadas en 1936 por la revolución, diciéndoles que una Cruz derribada atrae castigos, pero una Cruz levantada es una perpetua bendición de los campos y de las villas donde se halla. Comenzóse en el templo otra Misa. El Prelado dió a besar a los peregrinos la reliquia de la Veracruz, acercándose estos en largo desfile que duró más de una hora, pues los peregrinos eran de dos mil a dos mil quinientos.

Esparcidos, luego, en torno del santuario, por grupos y familias, fueron los peregrinos tomando su refección, el coro de Alayor repitió sus cánticos populares y poco a poco fueron bajando del monte, llevándose el dulce recuerdo de la simpática ceremonia litúrgica, con el deseo de repetir la ascensión en la del próximo año.

RESUMEN COMPARADO DE LAS COLECTAS DEL
«DÍA DEL SEMINARIO»
EN 1941 Y 1942

	AÑO 1941		AÑO 1942		
		Totales		Totales	
CIUDADELA:					
Iglesia Catedral	1039	45	1200	10	
Parroquia de San Francisco			901	75	
Iglesia PP. Salesianos	84	65	108	90	
» S. Miguel	20	00	26	00	
» RR. Carmelitas	8	00	9	55	
» RR. Enseñanza	93	60	8	35	
» S. Antonio	6	20	6	10	
Donativos	281	05	2118	50	
		1532	95	4379	25
MAHON:					
Parroquia de Sta. María	251	10	132	40	
Parroquia del Carmen	91	30	70	25	
Parroquia de S. Francisco	52	00	203	00	
Iglesia de la Concepción			88	00	
» de S. José	20	00	25	00	
» de la Milagrosa	3	00			
» de RR. Carmelitas	5	00	4	25	
» de RR. Concepcionistas	11	10	10	00	
» de S. Fernando			3	10	
» de Sta. Eulalia			1	70	
» de Ntra. Sra. de Gracia	3	50	4	40	
» de S. Cayetano			8	00	
Donativos		437	00	405	00
				955	10
ALAYOR:—Parroquia		509	15	1602	90
VILLACARLOS:—Parroquia		43	45	20	50
SAN LUIS:—Parroquia		84	98	102	00
MERCADAL:—Parroquia		44	00	36	00
FERRERIAS:—Parroquia		143	75	62	65
SAN CRISTOBAL:—Parroquia		25	00	30	00
SAN CLEMENTE:—Parroquia		67	20	187	00
FORNELLS:—Parroquia		12	00	25	00
Sumas totales		<u>2899</u>	<u>48</u>	<u>7300</u>	<u>40</u>

SUMARIO: Carta de Su Santidad ordenando nuevamente oraciones por la paz.—Circular sobre la precedente Carta pontificia.—Crónica especial de la bendición pontifical de los campos de Menorca desde Montetoro.—La colecta del «Día del Seminario» del año actual y del pasado.